

## Imaginación, memoria e historia

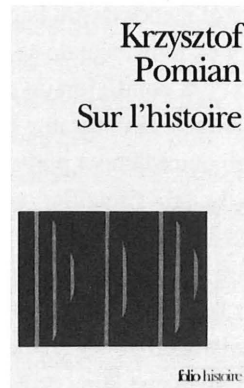
Pedro Ruiz Torres

Poco conocido en España, Krzysztof Pomian es hoy en día una de las figuras más importantes en el terreno de la reflexión sobre la historia. El filósofo Paul Ricoeur, en su respuesta a las cuestiones formuladas por Roger Chartier <sup>①</sup>, Alexandre Escudier, Pierre Nora y el propio Krzysztof Pomian en la revista *Le Débat* <sup>②</sup>, menciona la deuda de su libro *La mémoire, l'histoire, l'oubli* con la obra de este último *L'ordre du temps*. El texto del historiador de origen polaco, en la actualidad director de investigaciones en la École d'Hautes Études de París, se publicó en francés en 1984 y estaba dedicado a la «materia prima del historiador», el tiempo en sus diversas formas, ese tiempo al que Marc Bloch se refería como «el plasma mismo donde están sumergidos los fenómenos y (que) es como el lugar de su inteligibilidad» <sup>③</sup>. Fue traducido al castellano hace más de una década <sup>④</sup>, pero ha tenido entre nosotros mucho menos eco del que merece. Ni siquiera han seguido ese camino otros estudios del citado historiador, que permanecen por desgracia inéditos en lengua castellana. Entre ellos su *L'Europe et ses nations*, una inteligente y bien trabada visión de conjunto acerca de esa Europa que el autor reencontró en abril o mayo de 1946 «en un convoy de vagones de carga animal adaptado a humanos que atravesaba el Volga proveniente de Kazajstan del Norte» <sup>⑤</sup>. *Sur l'histoire* es una selección de trabajos publicados entre 1975 y 1999. Los primeros tratan de la historia de la ciencia y de la historia de la historia, del pasado que dejó de ser materia de fe para

convertirse en objeto de conocimiento, de la comparación en la historiografía. Los últimos ponen de relieve cómo la actual reflexión historiográfica ha dirigido su atención en las dos últimas décadas hacia las relaciones entre historia y ficción, la historia cultural, la historia como parte de la memoria y la memoria en tanto que objeto de la historia o la irreductible pluralidad de la historia.

Uno de los rasgos, en efecto, de la actual coyuntura historiográfica, tal y como queda claro en *Sur l'histoire* y en especial en los capítulos «L'histoire au xxe siècle: de la science morale à l'ordinateur» y «L'irréductible pluralité de l'histoire» <sup>⑥</sup>, es el reconocimiento y el énfasis puesto en la pluralidad de formas de representación del pasado. Diversidad que comprende desde los ejercicios literarios y las investigaciones científicas, los trabajos periodísticos y de erudición, las memorias en primera persona y los tratados que buscan la objetividad, hasta las variaciones en el tiempo: Herodoto, una crónica medieval, una obra reciente llena de cifras y gráficos.

Incluso si nos limitamos a la disciplina universitaria, la historia se ramifica hasta el infinito según las aproximaciones, las épocas, las lenguas, los espacios, los países, los dominios, los documentos y los monumentos que estudia. ¿Hay en todo ello algo que permita distinguir a la historia de las otras formas de representación del pasado? Todas esas distintas maneras de «hacer historia», de ejercer lo que Marc Bloch llamó el «oficio de historiador», tienen en común —nos dice Pomian en «Histoire et fiction» <sup>⑦</sup> el objetivo de dar cuenta de hechos ciertos, verdaderos, ocurridos en el pasado y que se distinguen de los hechos de ficción, de la fabulación, de los hechos inventados o fabricados como objeto artístico, mitológico, irreal. Ninguna historia merece tal nombre sin conciencia de que existe una frontera entre el reino de



Krzysztof Pomian  
Sur l'histoire  
Gallimard, París, 1999, 410 págs.

① Vid. Roger Chartier, «El pasado en el presente (Paul Ricoeur, *La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli*)», *Pasajes*, núm. 9 (otoño 2002), págs. 144-150.

② *Le Débat*, núm. 122, noviembre-diciembre 2002, «Autour de *La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli* de Paul Ricoeur», el artículo de Paul Ricoeur en págs. 41-62.

③ Publicados respectivamente en *Diogène*, núm. 185 (1999), págs. 41-60 (versión abreviada) y en *Le Débat*, núm. 104 (1999), págs. 11-178, recogidos en *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999, págs. 345-404.

④ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición crítica preparada por Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, págs. 140-141.

⑤ Krzysztof Pomian, *El orden del tiempo*, Gijón, Júcar Universidad, 1990.

⑥ «Histoire et fiction», publicado en versión abreviada en *Le Débat*, núm. 54 (1989) pp. 114-137 y en *Rivista di storia della storiografia moderna*, núm. 3 (1993), págs. 423-466, recogido en *Sur l'histoire*, op. cit. págs. 15-78.

⑦ K. Pomian, *L'Europe et ses nations*, París, Gallimard, 1990, págs. 7-9.

la realidad y el de la fantasía. Frontera móvil, sin duda, de trazos difíciles de establecer con claridad, pero que impone una atención vigilante y obliga a un reforzamiento constante de las defensas porque, para Pomian, si la historia acabara convirtiéndose, privada de identidad, en una provincia subalterna del imperio de las letras, de la literatura de ficción, los resultados serían deplorables.

La definición de la historia como unida de forma consustancial a la verdad y opuesta a la fábula recorre –según Pomian– la disciplina en Occidente al menos desde Isidoro de Sevilla a Voltaire y culmina cuando se le atribuye en el siglo XIX la condición de ciencia moderna. Sin embargo esa constante ha sido puesta de nuevo en entredicho a partir de los años 60 por una «escuela filosófico-sociológico-psicoanalítico-literaria» que trata de borrar la frontera entre historia y ficción para así hacer desaparecer la identidad de la historia, como si ésta no pudiera diferenciarse de la ficción, como si sólo fuera una rama de la retórica y tuviera una única dimensión, la de la escritura. La tesis no es nueva, nos dice Pomian, pero hoy se une al destino de la historia como saber o ciencia, objeto de maniobras análogas que quieren mostrar que las afirmaciones de la historia son producciones sociales al servicio del poder de sus autores. Esas «deconstrucciones» deslegitiman la idea misma de verdad. Si la historia no es otra cosa que una fábula y la ciencia un medio de dominar a los hombres, no hay lugar para la verdad en tanto que adecuación del saber a lo real y la idea de verdad, así entendida, aparece como la mistificación por excelencia.

Para combatir este intento, viejo como la historia misma, amenazador y de desastrosas consecuencias en nuestros días –¿no han existido las cámaras de gas?–, Pomian desarrolla el siguiente argumento a partir de las características de la novela histórica. La novela histórica carece de «marcas tipográficas de his-

toricidad» que permitan verificar, comprobar, reproducir los actos cognitivos en los que se fundamentan las afirmaciones del autor, en definitiva un control de adecuación a la realidad extra-textual pretérita de que trata la investigación histórica. He aquí la diferencia principal. Una narración que se da por histórica, para que sea reconocida como tal, debe programar operaciones de control que puedan ser efectivamente ejecutadas por todo lector competente, a menos que resulte imposible por causas ajenas a la voluntad del autor –destrucción de archivos, pérdida, robo o cualquier otro accidente–. Esas operaciones de control, a que se presta el historiador, son destacadas por Pomian, que las considera posibles porque remiten a una realidad extratextual. Podríamos añadir que también son factibles por razones internas al discurso histórico, por el modo mismo en que este se constituye y crea un espacio propio. Es lo que Paul Ricoeur, en *La memoria, la historia y el olvido* ⑧, ha llamado, al igual que hizo antes Michel de Certeau, «la operación historiográfica». Las tres fases interrelacionadas de esa «operación historiográfica» –la documental, la explicación/compreensión y la representación por medio de la escritura– responden según Paul Ricoeur a la pretensión de verdad del discurso histórico, a la intención del historiador de acreditar lo que dice, de no traicionar la expectativa del lector de un libro de historia de entrar en un mundo de acontecimientos que sucedieron realmente, guiado por la solidez de los archivos. Y sin embargo... ⑨

Sin embargo, como señala Pomian, hay que tener en cuenta dos cosas que tienden a unir más la novela histórica y el relato de historia de lo que a veces piensan los historiadores. La mayoría de las novelas históricas presuponen un saber histórico. Tratan de un pasado que intentan recrear, de un espacio y de un tiempo distintos del presente en los que sitúan los hechos. El autor debe hacer verosímil la novela histórica a tra-

⑧ Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000. La traducción al castellano, en Madrid, Trotta, 2003, tiene varios y sorprendentes despistes que deben ser imputados a una falta de esmero en la revisión. Pondré sólo algunos ejemplos: «La rememoración [cuando en el original es «memorización»], en cambio consiste en maneras de aprender que tienen como objeto saberes, destrezas...» (pág. 83); «...la historia más reciente de las prácticas y de las representaciones ha elaborado un tratamiento más cuantitativo [«cualitativo» en el original] de las duraciones...» (pág. 243); «Es así como la forma [«historiografía» en el original] repite, en su fase final, el enigma planteado por la memoria en su fase inicial» (pág. 250); etc.

⑨ *Ibidem*, págs. 348, 367-368 de la edición en castellano.

vés de paisajes y usos de un pretérito lejano que sean reconocibles como tales por los lectores ubicados en un tiempo distinto. Obra de ficción, inscribe los héroes y la intriga en la historia y el autor está obligado por ello a establecer un compromiso en función de sus objetivos: los personajes no hablan en la lengua de entonces –el arcaísmo haría incomprensible la novela–, pero se utilizan expresiones, alusiones, evocaciones para suscitar el sentimiento de la diferencia, también en el modo de vida, en las instituciones, poniendo la psicología de los personajes en conformidad con la época donde han vivido. Todo ello requiere un saber histórico, un placer por la historia, un cierto conocimiento del pasado en el que la novela se desarrolla. Presupone también un saber histórico por parte de los lectores. Es imposible hablar del pasado sin recurrir antes a ese saber. La fábula tiene necesidad de la historia, la imaginación remite al conocimiento, la ficción a la verdad.

También en sentido recíproco. Pomian insiste en el deber del historiador de hacer que sus trabajos interesen no sólo a otros historiadores sino a un amplio público. Por ello, además de reconstruir científicamente los hechos, ha de intentar representar la dimensión visible y la dimensión vivida, para lo cual no bastan los documentos sino que es preciso elaborar narraciones con el fin de reconstruir el pasado de manera satisfactoria. Es aquí donde, según Pomian, encontramos la ficción en la historia, pues resulta imposible reconstruir la dimensión visible del pasado y su dimensión vivida sin recurrir a ella. La historia, después de todo, es un conocimiento indirecto, a través de vestigios que hacen de intermediarios, aquí y ahora, con el fin de representar el pasado. El estudio del pasado es un estudio por medio de trazos, huellas, restos del mismo en el presente, objetos en definitiva con unas características visibles y observables que hoy se convierten en signos de su relación con el pasado, interpretados como tales por los historiadores, que acceden así al con-

tenido latente a partir del manifiesto, a condición de plantearse preguntas que muchas veces los autores de esos objetos no se hicieron. Ahora bien, toda representación del pasado, para ser satisfactoria, no debe limitarse sólo a reconstruir el pasado a partir de trazos, ni sus diferentes dimensiones latentes –social, religiosa, institucional, política, cultural, intelectual...–. Es preciso también hacer sentir el pasado, reconstruirlo en su dimensión visible –si es posible– y en su dimensión vivida –descripción de estados afectivos– y ello requiere narraciones. Eso no significa que los contenidos de esas narraciones no puedan ser sometidos a una crítica de verificación, pero tampoco elimina una dificultad de principio y que procede de la naturaleza misma del pasado. El pasado, como acabamos de afirmar, da origen a un conocimiento por medio de vestigios que lo representan ante nosotros y por ello es siempre fragmentario, «lagunar», descontextualizado. La reconstrucción de su aspecto visible no puede hacerse sin la aportación de la imaginación. Con más razón si se trata de la dimensión vivida con su multiplicidad de estados afectivos.

«Faire savoir, faire comprendre, faire sentir», nos dice Pomian, así interiorizan los historiadores las exigencias de su público e introducen en sus trabajos diversas incrustaciones ficticias en la textura misma de las narraciones históricas: explicitan contenidos latentes, crean entidades o cualidades invisibles promovidas al rango de actores, objetos ficticios como si fueran reales. A ello se añaden determinados efectos de la misma narración, que confieren al sujeto de toda obra histórica una cierta individualidad, le asignan un principio y un fin, trazan una frontera alrededor de él, eliminan todo lo que no se relaciona con él, crean una apariencia de continuidad. Las ficciones no son instrumentos inertes de los que la historia pueda desprenderse mediante la crítica, sino que juegan un papel heurístico al dar origen a nuevos conocimientos, a nuevas cues-

tiones. Las ficciones suscitan controversias que pueden ser fecundas, impulsan la investigación y son especialmente importantes en la búsqueda de la inteligibilidad. Por ello la historia no puede pasar de las ficciones como la construcción de un inmueble lo hace con el andamiaje una vez acabado el trabajo.

Paul Ricoeur trata en su último libro el problema en un sentido parecido al de Pomian, pero establece una triple distinción. Por un lado tendríamos la representación imaginaria del pasado en tanto que realidad anterior –presencia de una cosa ausente pero que existió antes, que tuvo existencia, aunque ahora no ⑩– y por otro la imaginación completamente libre, dirigida hacia lo fantástico, la ficción, lo irreal, lo posible, lo utópico. A su vez en la representación del pasado hemos de diferenciar la «operación historiográfica» –que combina la fase documental a partir de la «memoria archivada», la «explicación/compreensión» y la «representación historiadora» o «escrituraria»– de la memoria individual o colectiva. En la última fase o segmento de la «operación historiográfica» –fase que no debe entenderse en sentido cronológico– surgen todas las exigencias y las aporías vinculadas a la intención de los historiadores y a la expectativa de los lectores de conseguir una representación del pasado acorde con lo que realmente ocurrió. Es precisamente entonces cuando vuelve con fuerza la resistencia que la forma literaria opone a la «exteriorización en lo extratextual», el juego de las figuras de estilo que hace imprecisa la frontera entre ficción y realidad, la crítica al realismo ingenuo desarrollada por Hayden White de forma mucho más inteligente de lo que a veces piensan los historiadores ⑪. El realismo crítico profesado por Ricoeur busca una vía que distancie su postura de cualquier reducción del discurso de la historia a su vertiente narrativa y para ello necesita salir del momento de la «representación literaria» con el fin de articularse en torno a las tres fases de la «operación historiográfica» y reivindicar

en especial la «dimensión testimonial del documento». En palabras de Paul Ricoeur: «no tenemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio para acreditar la representación histórica del pasado», una representación en historia que es «representación-suplencia» o «representancia», orientada en beneficio de la dimensión crítica de la historia y «la manera menos mala de rendir homenaje al único enfoque reconstructivo disponible al servicio de la verdad en historia» ⑫.

El camino recorrido en la reciente reflexión consagrada a la epistemología del conocimiento histórico parece verse obligado a utilizar como salvavidas de la verdad la bien conocida práctica de la investigación histórica profesional y resulta por ello un tanto decepcionante. En la «fase documental» Ricoeur se limita a poner de relieve la relación de complementariedad entre la lógica del método crítico del historiador profesional, tal y como aparece expuesta de forma ejemplar en la *Apología* de Marc Bloch, y el «paradigma indiciario» de Carlo Ginzburg. Sin embargo es precisamente aquí, en esta fase, donde, desde que la historia adquiere el moderno estatuto de disciplina universitaria, con mayor claridad se muestra la especificidad de la relación a que aludía Michel de Certeau ⑬ entre la esfera social y la práctica de «hacer historia». En función de este nuevo emplazamiento se instauró hace un par de siglos el método crítico de la historia, al que ahora recurren como instancia salvadora todos aquellos que siguen creyendo en la posibilidad de reivindicar una representación verídica del pasado. Me parece un acierto que el objeto de reflexión sea la práctica de los historiadores y el conjunto de operaciones que caracteriza a esa práctica, como pedía Michel de Certeau, y no sólo la «fase escrituraria». Sin embargo, ello nos debería llevar a profundizar mucho más en los procedimientos de análisis crítico de ese cada vez más amplio y heterogéneo conjunto de «huellas» del pasado que

⑫ Paul Ricoeur, *La memoria... op. cit.*, págs. 177-376 de la edición castellana; las citas en págs. 366-376.

⑩ *Ibidem*, págs. 21-80 de la edición en castellano.

⑬ Michel de Certeau, «La operación histórica», en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia, I. Nuevos problemas*, Barcelona, Laia, 1974, págs. 15-54.

⑪ Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*. Introducción de Verónica Tozzi, Barcelona-México-Buenos Aires, Paidós/I.C.E.-U.A.B., 2003; *El contenido de la forma. Narratividad, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992; *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

fundamenta una representación del mismo más verídica que la de la memoria. Después de todo es aquí donde, como coinciden Pomian y Ricoeur, se encuentra la gran diferencia entre historia y memoria.

Pomian, en «De l'histoire, partie de la mémoire, à la mémoire, objet d'histoire»<sup>14</sup> muestra el proceso de separación de la historia respecto de la memoria y resalta los aspectos que distinguen a la una de la otra. Toda memoria, nos dice, es memoria de una persona determinada y constituye una suerte de doble invisible que le confiere su identidad y le permite reconocerse como tal persona. La memoria humana es tributaria de las experiencias vividas. Privilegia la forma sobre el fondo, la ruptura sobre la uniformidad, la aparición y desaparición en vez de la presencia constante e invariable, lo singular en vez de lo regular, y en general todo lo que es impactante, espectacular, extraordinario, extravagante, excepcional, capaz de atraer y fijar la atención. La memoria humana es por naturaleza «événementielle», cualitativa, selectiva, no se deja separar de pensamientos, creencias, actitudes interiorizadas por el individuo en el curso de su socialización al punto de integrarse en su identidad misma. La memoria humana es parcial e incompleta, apreciativa y egocéntrica, autosuficiente y no administra pruebas. Por ello el conflicto de memorias resulta insoluble y sólo se resuelve si damos una superioridad a unas sobre otras por las cualidades personales, la posición social o recurriendo a una tercera memoria superior o a una instancia que dispone de otros medios que la memoria para adquirir un saber sobre el pasado en litigio. Si eso es así, como piensa Pomian, y si la historia ha ido emancipándose de las distintas clases de memoria colectiva para poner todo su énfasis en la dimensión cognitiva, frente a la memoria religiosa, artística, jurídica o política, si en definitiva la historia deviene crítica de la memoria y se independiza de los testimonios, ¿por qué

se desvaloriza hoy tanto la pretensión de hacer ciencia de la historia? ¿A qué se debe esa «explosión» contemporánea de los «discursos de la memoria» mientras se habla tanto de la «crisis de la historia»? Pomian no entra a fondo en dicha cuestión, pero algunas de sus ideas ayudan a plantear el problema.

La palabra «historia», nos dice, designa un conjunto epistemológico de prácticas cognitivas, que van desde los dominios más tradicionales a las técnicas punteras, y un conjunto estilístico heterogéneo de prácticas de escritura, que van desde el relato literario a las ecuaciones de un modelo econométrico retrospectivo. Esta heterogeneidad manifiesta la historicidad misma de la historia, una sucesión milenaria de sedimentaciones en la que cada una ha dejado tras de sí un estrato de cuestiones, de procedimientos, de documentos y de monumentos exhumados y obras escritas por los historiadores con el resultado de una superposición de esos estratos, los unos sobre los otros, los posteriores modificando la significación, cuando no la apariencia misma, de los anteriores. Hablar de historia, sin tener en cuenta su historicidad, es condenarse a no entender nada de ella, como bien afirma Pomian.

Sin embargo, toda esa enorme riqueza y gran heterogeneidad de prácticas cognitivas de la historia que, a diferencia de lo que piensa Pomian, comprenden en el caso de Paul Ricoeur también la «representación escrituraria» y por tanto las tres fases de la «operación historiográfica», ¿hasta qué punto son prácticas cognitivas específicas de la historia? Si tenemos en cuenta que han surgido a lo largo de siglos de intercambio con otras pretensiones de conocimiento y más recientemente con otras disciplinas científicas, creo que podemos entender mejor la dificultad a la hora de hablar de «métodos de la historia» y en consecuencia la crisis de identidad de la historia como saber. En una época en que el conocimiento indirecto, el pasado y la invisibilidad están a la orden del día en muchas otras ciencias y actividades profesionales,

<sup>14</sup> Publicado en la *Revue de métaphysique et de morale*, núm. 1 (1998), págs. 63-110, recogido en *Sur l'histoire*, op. cit. págs. 263-342.



desde la astronomía hasta el ámbito jurídico, las distintas formas de uso de la razón crítica desplegadas de un modo colectivo en esas profesiones y disciplinas dibujan hoy un complejo panorama en el que el «oficio de historiador» debería probablemente experimentar una reconsideración radical. Ello no significa una renuncia a la mejor manera que tenemos de conocer el mundo real, de un modo científico, también en el caso de los hechos históricos, cualquiera que sea el tipo de objetos y fuentes disponibles. Todo lo contrario. A menos, desde luego, que exista la intención de desmembrar la famosa «operación historiográfica» y privilegiar sólo dos de los tres segmentos de la práctica cognitiva de la historia, bien para reducir al historiador a la condición de experto en el análisis crítico de la memoria archivada o para convertirlo en escritor preocupado sólo por representar el pasado de una manera verídica. Así la historia perdería su carácter de investigación acerca de cierta clase de hechos con vistas a proporcionar un conocimiento mejor y más objetivo que el de la memoria en cualquiera de sus formas.

La confusión entre historia y memoria parece ser un rasgo característico de nuestra época en detrimento de la anterior y mucho más amplia dimensión cognitiva de la historia. Pomian<sup>15</sup> nos dice que las diferencias entre una y otra se reducen al mínimo cuando el pasado está próximo al historiador y es asunto de individuos. Pero incluso en el estudio del tiempo presente, que hoy se ha convertido en una corriente hegemónica, el respeto de la exigencia de abordarlo por intermedio de fuentes y con procesos codificados y reproducibles es lo que «constituye el tiempo presente en pasado sobrepasando la propensión al egocentrismo» y, podríamos también añadir, lo que va más allá del «trabajo de memoria». Para Pomian la historia se extiende entre dos polos, uno constituido por la memoria colectiva y el otro por el conocimiento mediato, dos maneras de establecer

un lazo con el pasado, aunque de carácter diferente. Además la historia alimenta a la memoria colectiva de manera continua: redacción de manuales escolares y libros para el gran público, participación en la programación de conmemoraciones y emisiones de radio o televisión, todo un conjunto de actividades que se sitúan en un espacio que pertenece tanto a la historia como a la memoria, como a ambas a la vez. Estas actividades, que hoy los historiadores llaman «usos públicos de la historia», no gozaron de gran relieve –en opinión de Pomian– hasta hace poco en la *histoire savante*, interesada en especial por todo aquello que le acercara a la ciencia –la economía, las ecuaciones, las curvas–, pero en las últimas décadas el centro de gravedad se ha desplazado hacia lo político y lo cultural. Una coyuntura nueva, resultado en gran medida de la revolución en los medios de comunicación, ha hecho que los historiadores se preocupen por las actitudes frente al pasado, su supervivencia en el presente y la influencia que todo ello ejerce sobre el comportamiento de los individuos, de las instituciones, de los grupos. De ahí el interés por la memoria colectiva, los testimonios, el patrimonio cultural, la fiebre de museos y exposiciones, las controversias de los historiadores que apasionan a un amplio público y a los medios de comunicación en torno a episodios dolorosos del pasado reciente –el Tercer Reich, el fascismo, Vichy, el Holocausto, los regímenes comunistas–, los libros consagrados a un inventario crítico de la memoria nacional –los *Lieux de mémoire* de Pierre Nora–, a la experiencia atroz de la Segunda Guerra Mundial, del nazismo, del fascismo, del estalinismo, así como el deseo de preservar y dar a conocer los testimonios de quienes vivieron dicha época. Abordar todo ello, concluye Pomian, ha llevado a «focalizar» las investigaciones en torno a la historia misma y a la memoria misma. Se asiste a la promoción de la memoria colectiva a la dignidad de objeto de la historia. Se estudia los portadores, los lugares don-

<sup>15</sup> Atento siempre a los cambios en la producción historiográfica, Juan José Carreras ha titulado su ponencia al IV Congreso de Historia de Aragón celebrado a principios de julio de 2003 «¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?».

de se inscribe, los mecanismos de transmisión, sus efectos en la producción cultural, en la vida social, en la vida política, pero se estudia a través de fuentes que hacen de intermediarios y que son tomadas en toda su diversidad y analizadas con los métodos del conocimiento mediado. Estos estudios están en sus comienzos, dado que la utilización de ordenadores abre una nueva época en nuestras relaciones con la memoria virtual registrada de diferentes maneras y sobre diferentes soportes, y permite explorarla con una exhaustividad y un rigor que hasta ahora parecían imposibles.

Sin duda Pomian tiene razón cuando destaca la conversión de la memoria en uno de los nuevos y más prometedores objetos de la historia en la actual coyuntura. La memoria y la propia historia, sus respectivas dimensiones públicas y en especial políticas, los usos y abusos de la historia y de la memoria, son temas hoy de interés preferente. Pero corremos el riesgo de que a fuerza de tanto hablar de historia o de memoria colectiva indistintamente, para modos muy diversos de relación del presente con el pasado, perdamos de vista el problema de fondo y lo convirtamos en un cajón de sastre donde cabe cualquier cosa, como ocurrió con el uso y abuso de la palabra «mentalidades». Ese problema es menos el de proponer nuevos objetos y nuevos enfoques en el estudio del pasado, como el de la historia en tanto que investigación acerca de los seres humanos y su evolución en el tiempo, y no sólo como una forma de memoria o representación del pasado. Máxime si esa investigación comprende hoy a la propia historia y su relación con la memoria, concebidas ambas como una práctica social con orientaciones y usos distintos.

Las relaciones entre la memoria y la historia resultan sin duda un asunto muy complejo. Pomian rechaza la idea de que la memoria juegue el papel de «matriz de la historia» y ésta se convierta en una provincia de la primera <sup>16</sup>. La frontera entre las diversas clases de memo-

ria, por un lado, y los distintos tipos de historia, por otro, es para Pomian la que separa el conocimiento por medio de fuentes, del reencontro del pasado a través del recuerdo, que reactualizándolo, crea el sentimiento de que el pasado permanece en una suerte de cara a cara, en una relación inmediata. La historia excluye toda identificación del historiador con su objeto, crea una distancia temporal y espacial que los separa, mientras la memoria está fundada precisamente en la identificación de sus portadores presentes con ellos mismos tales como fueron en el pasado y eso vale tanto para la memoria individual como para la colectiva. La memoria se exterioriza en los relatos, en tanto la historia deviene el teatro de una controversia. Paul Ricoeur le contesta a Pomian que es preciso distinguir entre «la» memoria como capacidad fundamental de rememoración y «las» memorias que ejercen esa capacidad en condiciones efectivamente históricas y se expresan en múltiples historias de vida, tanto colectivas como personales. Esa capacidad de recordar, de traer al presente un ausente designado como anterior, es el resultado de una «investigación» suscitada por la distancia temporal y el alejamiento creciente de la impresión primera. Trabajo de memoria y trabajo de historia son pues en ese sentido muy similares, pero el problema de la relación entre historia y memoria comienza cuando colectividades designadas como un «nosotros», sujeto colectivo de atribución del fenómeno mnemónico, ven la presunta fidelidad de su rememoración confrontada a la verdad también presunta, pero ahora sobre una base crítica, defendida por el discurso de los historiadores. De nuevo también en el caso de la historia, como en el de la memoria, es preciso declinar los términos en plural. Además, si hablamos de historia del tiempo presente, resulta muy difícil mantener separados al memorialista y al historiador. Ante acontecimientos traumáticos del pasado que siguen incidiendo en el presente, el historiador

<sup>16</sup> K. Pomian, «Sur les rapports de la mémoire et de l'histoire», *Le Débat*, núm. 122 (2002), págs. 1-39.

habla en tercera persona como sabio profesional y en primera en tanto que intelectual crítico. Para Ricoeur la historia, como saber crítico a partir de la memoria archivada, se ha alejado de una memoria puesta por escrito o de una historia tallada por el patrón de la memoria y nutrida por los datos que ella le proporciona, pero no ha dejado por ello de romper con la capacidad de la memoria de evocar la presencia de un ausente designado como anterior, aunque lo haga ahora de otro modo.

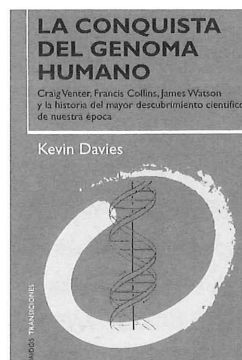
Sin embargo, según pienso, habría que ampliar la reflexión más allá de las relaciones entre historia y memoria, del papel matricial de la memoria ejercido sobre la historia o del proceso de independencia de la historia en relación con la memoria. Desde el principio mismo del uso público del término historia –recuérdese a Herodoto– ésta fue concebida, además de como una forma de representación puesta por escrito de ciertos acontecimientos pretéritos dignos de ser recordados, como un trabajo de indagación, de investigación, acerca de hechos que tuvieron una existencia real, pero a los que no podemos acceder como no sea a partir de «huellas», «restos» o «testimonios» que actúan en el presente a modo de intermediarios. Por ese motivo, ¿hasta qué punto no deberíamos también referirnos a ese otro aspecto de la historia que, en vez de estar unido a la representación del pasado y salir en cierto modo de la matriz de la memoria, acabó convirtiéndose a su vez en matriz de todas las demás formas de conocimiento por medio de «huellas», «restos», «testimonios», «indicios»? Es una pregunta que ni Pomian ni Ricoeur plantean, pero que merecería la pena convertirla en objeto de una reflexión a ser posible tan clarificadora como la que ellos han hecho a propósito de las semejanzas y diferencias entre imaginación, memoria e historia.

Pedro Ruiz Torres es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat de València

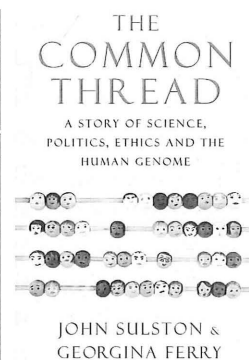
## ¿Tras el genoma, qué?

Juli Peretó

En los últimos años hay un interés creciente por los resultados científicos, especialmente aquellos que pueden afectarnos más directamente porque influyen en nuestro bienestar, la salud o la calidad del ambiente que habitamos. Las noticias sobre epidemias nuevas o las enfermedades que nos afligen nos pueden interesar por ra-



**Kevin Davies**  
*La conquista del genoma humano. Craig Venter, Francis Collins, James Watson y la historia del mayor descubrimiento científico de nuestra época*  
 Paidós, Barcelona, 2001  
 355 págs.



**John Sulston y Georgina Ferry**  
*The Common Thread. A Story of Science, Politics, Ethics and the Human Genome*  
 Bantam Press, Londres, 2002  
 310 págs.  
 (en preparación, Siglo XXI, Madrid, 2003)

zones obvias. En un ámbito muy relacionado, debido a su aplicación potencial en las ciencias de la salud, los estudios sobre el genoma humano han despertado la atención de los medios. Hay muchas facetas desde las que podríamos tratar el genoma y su estudio. En particular resulta llamativo cómo este proyecto científico internacional sin precedentes ha cambiado la manera de hacer ciencia y ha hecho eclosionar multitud de tensiones y debates sobre cómo gestionar la investigación y la información valiosa que resulta de ella. Todo eso sin olvidar las discusiones y reflexiones sobre el alcance de este conocimiento, cómo afectará a las futuras generaciones, si alterará el curso de la evolución